

PROFETAS DE LA LIBERACIÓN, NO FUNCIONARIOS DE DIOS

JUAN JOSÉ TAMAYO

“El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Noticia, me ha enviado a proclamar la liberación de los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor”. Este texto, del profeta Isaías, que Jesús hace suyo al comienzo de su ministerio público en la sinagoga de Nazaret, es el programa de la Comunidad de San Carlos Borromeo de Entrevías (Madrid). Un programa que, veinticinco siglos después de su proclamación, suena a revolucionario y que la parroquia madrileña de Entrevías viene haciendo realidad –mejor, cumple al pie de la letra- desde hace más de cinco lustros de manera ininterrumpida en la mejor tradición ética de las religiones y en el espíritu utópico-profético del cristianismo.

Por llevar a la práctica ese programa en toda su radicalidad, el arzobispado de Madrid ha comunicado a los tres sacerdotes –Enrique de Castro, Javier Baeza y Pepe Díaz- el cierre de la parroquia y la entrega del templo a Caritas para que lleve a cabo su labor caritativo-social, invitándoles a trabajar dentro de esa institución. La decisión se ha tomado sin diálogo previo, sin pedir el parecer a la comunidad que se reúne en la parroquia para compartir su fe, su esperanza y su praxis de liberación, sin consultar a los parroquianos, que son madres contra la droga, niños de la calle, personas sin hogar, drogadictos rehabilitados o en proceso de rehabilitación, traperos, musulmanes, etc. Todos ellos tienen en la parroquia su lugar social, su casa.

La jerarquía eclesiástica no quiere que el culto se mezcle con la acción social, no permite que los marginados tengan su casa en un “lugar sagrado”, no tolera que los marginados se sienten en torno a la mesa de la eucaristía para compartir el pan de la hermandad. Quiere una liturgia desvinculada del compromiso por la justicia, un culto sin marginados, una fe que no se manche las manos con la impureza de los pobres, una Iglesia insensible al grito de los oprimidos.

Pero el comportamiento represivo de los dirigentes eclesiásticos, por muy legitimado que esté por el Código de Derecho Canónico, por mucho que cuenta con el respaldo unánime del Consejo Presbiteral, por mucho que tenga las bendiciones del Vaticano, es contrario a la religión de los profetas de Israel, al evangelio de Jesús de Nazaret y al cristianismo de los orígenes, que denuncian con nombres y apellidos a los opresores, anuncian la utopía de la liberación a los excluidos y declaran inseparable la

celebración de la fe de la opción por los pobres. Sin justicia no hay eucaristía. Sin amor no hay fe. Sin esperanza en un futuro mejor no hay verdadera experiencia religiosa.

Son dos modos de entender y de vivir el cristianismo. La Comunidad de San Carlos Borromeo lo vive como religión de la solidaridad y de la resistencia; la Iglesia oficial lo entiende como religión de culto y beneficencia para católicos bienpensantes. Para los parroquianos de Entrevías el centro no es el culto, sino la vida; no las leyes eclesíásticas, sino la praxis liberadora; no los sacerdotes, sino la comunidad. *Los sacerdotes no son funcionarios de Dios al servicio del culto, sino testigos de Dios en el mundo de la marginación y profetas de la liberación integral.*

La comunidad de Entrevías no vive encerrada en las cuatro paredes del templo, sino que está en comunicación con la calle y atenta a los problemas de los vecinos. Es una comunidad abierta, que acoge a la gente marginada sin preguntarle por su afiliación política, ni por su clase social, ni por su vinculación religiosa, ni por su procedencia geográfica. Es una comunidad católica en su sentido etimológico: abierta a creyentes y no creyentes, así como a creyentes de distintos credos, lo más parecida al movimiento de Jesús de Nazaret –“un judío marginal”–, que era una comunidad de iguales, sin discriminación por razones de género, etnia, cultura, clase o religión, abierta a los “paganos”, sin residencia fija, sin propiedades, formadas por gente del pueblo. Es una comunidad marginal, pero no para reproducir la marginación, sino para luchar contra ella, denunciando y proponiendo alternativas.

Es una comunidad samaritana que no pasa de largo ante el sufrimiento humano, sino que, como el Buen Samaritano de la parábola del Evangelio, siente com-pasión ante la gente maltratada por la vida, se muestra próxima con el prójimo indefenso, se le remueven las entrañas ante las injusticias causadas contra los pobres. Practica la misericordia en vez del sacrificio conforme al mensaje profético que Jesús de Nazaret hace suyo: “Misericordia quiero, no sacrificios”.

En Entrevías, cada día se vive la fraternidad-sororidad sin discriminaciones y cada domingo se celebra la eucaristía como lugar de encuentro y de compartir, espacio de acogida y momento de fiesta, sin autoridades que tengan poderes mágicos, sin clérigos que manden ni laicos que obedezcan. Resistiendo a las prohibiciones episcopales y respondiendo al impulso evangélico de la solidaridad, la comunidad de San Carlos Borromeo celebra la fiesta de la Resurrección y con ella el triunfo de la vida sobre la muerte, de la justicia sobre la injusticia y la rehabilitación de las víctimas. Se cumple así el anhelo expresado por Horkheimer: “que el verdugo no triunfe sobre la

víctima inocente”. Al menos en la Parroquia de San Carlos Borromeo ese anhelo se hace realidad cotidianamente: los excluidos: toxicómanos, inmigrantes, presos, enfermos de Sida, prostitutas, familias sin recursos, mujeres maltratadas, homosexuales, menores, familias separadas, son rehabilitados y se sientan en torno a la mesa no para aprovechar las migajas, sino para comer el pan y beber el vino de la solidaridad. Como dice la Declaración aprobada por toda la Comunidad, “los excluidos tienen derecho a tener su parroquia que no puede en modo alguno ser sustituida”.